

APRENDIENDO A HABLAR CON DIOS

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [Google Drive](#)]

Texto extraído de la **Introducción a la vida devota** de san Francisco de Sales (Segunda Parte, Cap. III y IV), en la que el Santo nos invita a reflexionar sobre **CÓMO HACER LA MEDITACIÓN**.

El primer punto era **PONERNOS EN PRESENCIA DEL SEÑOR** (que se vio en el material del Día 03 de los Ejercicios) y hoy veremos los puntos segundo la **INVOCACIÓN**, y el tercero, la **PROPOSICIÓN DEL MISTERIO** a meditar.

DE LA INVOCACIÓN, SEGUNDO PUNTO DE LA PREPARACIÓN

La invocación se hace de esta manera: al sentirse tu alma en la presencia de Dios, se postra con extremada reverencia, reconociéndose indignísima de estar delante de una tan soberana Majestad, y reconociendo, no obstante, que esta misma bondad así lo quiere. Le pedirás la gracia de servirla y adorarla en esta meditación. Y si quieres, bien podrás emplear algunas palabras breves y fervorosas, como lo son éstas de David: «Oh Dios mío, no me apartes de delante de tu faz y no me quites tu santo Espíritu¹. Ilumina tu rostro sobre tu siervo², y meditaré tus maravillas³. Dame inteligencia y consideraré tu ley, y la guardaré en mi corazón⁴. Yo soy tu siervo; dame el espíritu⁵». También te será provechoso invocar a tu Ángel de la Guarda y a los santos personajes que entran en el misterio que meditas: como, en el de la muerte del Señor, podrás invocar a la Madre de Dios, a San Juan, a la Magdalena y al buen ladrón, para que te sean comunicados los sentimientos y emociones interiores que ellos recibieron, y en la meditación de tu muerte, podrás invocar al Ángel de la Guarda, que estará allí presente, para que te inspire las consideraciones oportunas, y así en los demás misterios.

DE LA PROPOSICIÓN DEL MISTERIO, TERCER PUNTO DE LA PREPARACIÓN

Después de estos dos puntos ordinarios de la meditación, sigue el tercero, que es común a toda clase de meditaciones; es el que unos llaman “composición de lugar”, y otros, “lección interior”, y no consiste en otra cosa que en proponer a la imaginación el cuerpo del misterio que se quiere meditar, como si realmente y de hecho ocurriese en nuestra presencia.

¹ Salmo 1, 13

² Salmo 31, 17; Salmo 119, 135

³ Salmo 119, 18

⁴ Salmo 119, 34

⁵ Salmo 119, 125

Por ejemplo, si quieres considerar a Nuestro Señor en la cruz, te imaginarás que estás en el monte Calvario y que ves todo lo que se hizo y se dijo el día de la Pasión, o bien te imaginarás el lugar de la crucifixión tal como lo describen los evangelistas.

Lo mismo digo acerca de la muerte, según ya lo he indicado en la meditación correspondiente, como también acerca del infierno y de todos los misterios semejantes, en los cuales se trata de cosas visibles y sensibles: porque, en cuanto a los demás misterios, tales como la grandeza de Dios, la excelencia de las virtudes, el fin para el cual hemos sido creados, que son cosas invisibles, no es posible servirse de esta clase de imaginaciones. Es cierto que se puede echar mano de cualesquiera semejanzas o comparaciones, para ayudar a la meditación; pero esto es muy difícil de encontrar, y no quiero tratar contigo de estas cosas sino de una manera muy sencilla, de manera que tu espíritu no se vea forzado a hacer invenciones. Ahora bien, por medio de estas imaginaciones, concentramos nuestro espíritu en los misterios que queremos meditar, para que no ande divagando de acá para allá, de la misma manera que enjaulamos un pájaro o sujetamos el halcón con un cordel, para tenerlo sujeto en la mano. Alguno dirá, no obstante, que es mejor usar el simple pensamiento de la fe o una simple aprensión puramente mental y espiritual en la representación de estos misterios, o bien considerar que las cosas ocurren en tu espíritu; pero esto es demasiado sutil para los que comienzan, y, hasta que Dios no te lleve más arriba, te aconsejo, Filotea, que permanezcas en el humilde valle que te muestro.

†

Renovemos nuestros propósitos con estos nuevos Ejercicios

¡Ave María y adelante!